

De su patria olvidar le hizo el cielo,
 Y el cetro de gran duque de Colonia.
 Al de Acaya trocó, y de Macedonia.
 Un bárbaro Sajon su rico estado
 Por fuerza de armas usurpó á Gloria,
 Que de tesoros rica su hijo amado
 Huyó de la tiránica avaricia:
 Y por volver al cetro despojado
 Solo un yerno magnánimo codicia,
 Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
 Su clarín un entero mundo llama.
 La codicia de joya tan preciosa
 Llena le dió de príncipes la tierra,
 Que por tal reino, y tan gallarda esposa,
 ¿Quién del suyo no sale, y se destierra?
 Nunca ganaron mas bizarra diosa
 Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
 Aunque ya con victoria en las estrellas
 A la luna escogieran las mas bellas.
 Y sin los reinos que heredando viene
 Le da Gloria seis castillos de oro,
 Que el mundo todo en su caudal no tiene
 Junto ni repartido igual tesoro:
 Mas ya no hay cosa que su gusto llene,
 Todo es luto y temor, despues que un moro,
 Que en Getulia nació, con brio orgulloso
 Subió tambien á pretension de esposo.
 Es de alma aceda y desabrido trato,
 De miembros y estatura de gigante,
 Del vaporoso Encélado un retrato
 En brutal pecho y ánimo arrogante:
 Este en bárbaro estruendo y aparato
 A las fiestas llegó en bajel triunfante,
 Y el mismo día en orgulloso brio
 En un cartel fijó este desafío.
 Que un año justará lanza por lanza
 Con cuantos presumieren estorballe
 De la bella Crisalba la esperanza,
 De que ya goza, de gozar su talle:
 Hoy hace un mes que con feroz pujanza
 Su partido defiende, sin que halle
 Quien la segunda justa le mantenga,
 Y al suelo del primer chocar no venga.
 Esto tiene asombrada á la princesa,
 La corte puesta en confusion y espanto,
 Que si el bárbaro sale con la empresa
 Las tristes fiestas pararán en llanto:
 Ayer fue la primer jornada, y esa
 Quedó por suya, y hoy será otro tanto,
 Y lo mismo tambien será mañana,
 Que á un atrevido todo se le allana.
 Yo á una cercana fortaleza puesta
 Sobre la mar á prevenir venia,
 Para mayor adorno de la fiesta,
 Ciertos bajeles que en su puerto habia:
 Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,
 Apenas me incliné, cuando salia
 Del bosque este león, y el monte abajo
 A conocer vuestro valor me trajo.
 Así dijo Faustina, y por la senda
 Que el bosque para hallar la fuente tiene
 Un caballero vieron, que de rienda
 Guiando un palafren gallardo viene:
 Llegó, y viendo al leonés, que sin contienda
 Al fresco con las damas se entretiene,
 «A sazón, dijo, vengo en que fortuna
 Hará de dos beldades mia la una.
 Yo traigo palafren, tú no le tienes,
 Que aun á tí no te veo con caballo,
 Si ya no eres tan bravo que ahora vienes
 A las fiestas de Acaya á procurarlo.»
 «A la voz, respondió, de tus desdenes,
 ¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?»
 Cuando la otra doncella con gran brio
 A voces dijo, «el palafren es mio.»

«Yo, señora, le hallé en esta floresta,
 Y sease vuestro ahora sin porfia,
 Aquí en paz le teneis, si estais dispuesta
 De mi gusto á seguir la compañía.»
 «A bien poco trabajo está compuesta,
 Bernardo dijo, la pasión que ardia:
 Vos, señora, mirad si os está á cuento
 La gran persona y noble ofrecimiento,
 Que yo á pié ¿cómo puedo defenderos
 De un orgulloso pecho así valiente,
 Que reforzado en el placer de veros
 Será á un entero campo suficiente?»
 Riéronse las dos, y el de los fieros,
 Viéndose desdeñar del de la fuente,
 Poniendo con furor mano á su espada
 Le envió por respuesta una estocada.
 Reparóla Bernardo en el escudo,
 Dando paso á la furia del caballo,
 Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,
 Para de aquel encuentro atropellado:
 Mas asiendo las riendas por el nudo
 A las ancas saltó, y al despeñallo
 De la grabada silla, en lo profundo
 Del lago de cristal lo escondió al mundo.
 Quedó el valiente en la caída estraña
 Del golpe y armas ahogado y muerto,
 Y la griega doncella en ver la hazaña
 La vista absorta, y el cabello yerto:
 La aguda china dijo, «á la gran saña,
 Y al vivo fuego del amor despierto,
 Para templarlos en su ardiente fragua,
 Pues la razón no pudo, pueda el agua.
 Y bien que de la súbita presteza
 Dejarme ahora de admirar no puedo,
 Ni celebrar la diestra gentileza,
 Que á la una dió favor, y á la otra miedo:
 No se si le dé nombre de grandeza
 Desta segunda hazaña á su denuedo,
 Porque es golpe inferior, y no empareja,
 Que el que un leon mató, mate una oveja.
 Rieron desto, y ya el leonés queria
 A la ciudad partirse á ver la fiesta,
 Cuando una tropa vieron que venia
 Con un jayan bajando por la cuesta:
 Aguardaron por ver lo que seria,
 Y viendo al que salió de la floresta
 Muerto en la fuente, el espantoso Oronte
 De un doloroso grito asombró el monte.
 Era Oronte del Rey Getulio Argante
 Vasallo, y de su guarda, y el difunto
 Querida prenda del feroz gigante,
 Y de su condicion vivo trasunto:
 Dió en verle muerto un grito resonante,
 Y voz, alfange, y golpe todo junto
 A la venganza echó, que en rabia loco
 Un mundo para hacerla fuera poco.
 Dió escudo el español, y hallando alzada
 La visera al jayan, con tan buen tino
 Metió una punta, que sacó la espada
 De los ojos la luz al mas vecino:
 Y pasando al cerebro la estocada,
 Fuera de sí tras ella al suelo vino,
 Y los seis sobre el bravo leon de España,
 A quitarle la gloria de su hazaña.
 Cinco golpes á un tiempo larga pieza,
 Traspies le hicieron dar por un ribazo,
 Cuando otro le encontró con tal presteza,
 Que ambos del prado fueron al regazo:
 Cayó sobre el jayan, cuya braveza
 Así en ansia mortal, y estrecho abrazo
 Le tuvo, que pudieran sin saltalle,
 O prendelle los suyos, ó matalle.
 Mas mientras que el mas diestro se detiene
 En dejar el caballo, con su daga
 El lazo rompe que á su brazo tiene,

Que nuevas pruebas de quien es no haga.
 Y al uno de los seis que sobre él viene,
 Por mas ligero le libró la paga
 En un revés, con que en el suelo lacio
 En un pié le dejó porque ande á espacio.
 Y entre los otros cinco se revuelve
 Con tal desenvoltura, y tal desvío,
 Que á este amaga, aquel da, y al otro vuelve,
 Y al mas brioso le refrena el brio:
 Al uno las entrañas le desvuelve,
 De un golpe, y de otro al otro deja frio:
 Un caballero entre los seis venia,
 Que en ninguna deidad ni ley creia.
 Hijo de una judía y de un pagano,
 Nacido en lo mejor de Palestina,
 Que fue un tiempo rabí, y otro cristiano,
 Gentil, y de la secta sarracina,
 Maniqueo, talmudista, y arriano,
 Y ahora á ninguna religion se inclina,
 Creyendo que es para cuidar del suelo
 Miembro distante, y apartado el cielo.
 Este con tal coraje y desatino
 Al valiente guerrero perseguia,
 Que en el herir y entrar, al torbellino
 De sus confusas leyes parecia:
 Hasta que al vuelo de un revés le vino
 A la espada al leonés, con que le envia
 A averiguar de espacio en el infierno,
 Que secta gasta allá mas fuego eterno.
 Murió, y de los guerreros y el gigante
 A pocos golpes no quedaron vivos,
 Sino un zegrí que le hurtó delante,
 Mas que el acero pasos fugitivos,
 Y el que una pierna el golpe penetrante
 De la espada le echó de los estribos,
 Que apremiado contó al valiente godo
 De la traicion del falso Argante el modo.
 La fuerza de la mar que la doncella
 De la princesa á prevenir venia,
 Hecho el jayan alevé dueño della,
 A dar aviso al falso rey volvia:
 Que por robar á la duquesa bella
 Seis mil corvos alfanges de Turquía
 Dentro sembró á traicion, y á dar el corte
 En el robo infeliz volvia á la corte.
 A Faustina asombró la triste historia
 Del que sin la acabar se acaba y muere,
 Y á hacer con tiempo la traicion notoria,
 Partir con alas si las halla quiere:
 Y el dueño singular de la victoria,
 Que el grave riesgo de la infanta infiere,
 Seguilla piensa, y con su invicto brazo
 De la oscura traicion romper el lazo.
 Vuelan los tres las dos pequeñas millas,
 Que de la real ciudad nació la fuente,
 Y en la plaza entre nuevas maravillas
 Al rey Argante miran, y á su gente;
 Y que á sus lanzas sin poder sufrillas,
 Las demás se le dan calladamente,
 Cuando á la plaza por la calle opuesta
 Un caballero entró á aumentar la fiesta:
 Cubierto de enlutada sobrevista,
 El caballo tambien negro enlutado,
 Blanca en la frente una pequeña lista,
 De ambas las manos y de una pié calzado,
 De hermoso talle, y de gallarda vista,
 Lozano huello, altivo desenfado,
 Y hacia Argante se fue, que oyendo estaba
 Diferentes las nuevas que esperaba:
 Pidióle justa, y él con el disgusto
 De la contraria desabrida nueva,
 Furioso respondió, «de mejor gusto
 La batalla haria á toda prueba:»
 «Así sea,» replicó el valor robusto,
 Antes cortés, y una dorada greva

Por gaje le arrojó, y para encontrarlo,
 Como con alas revolvió el caballo.
 Suspendióse la plaza, estuvo quedo
 El viento, y en los pechos mas briosos,
 O sea de sobresalto, ó sea de miedo,
 Darse latidos vieron presurosos:
 Y partiendo ambos en igual denuedo,
 Al chocar los encuentros poderosos,
 Sembró hechas astillas por el aire
 Ambas lanzas la furia y el donaire.
 Como dos huecas nubes retocadas
 De azul retinto, y lóbregos asientos,
 Si de contrarios humos amasadas
 Las impelen tambien contrarios vientos,
 Del cierzo y austro ardiente arrebatadas
 Al encontrarse dejan sus violentos
 Vapores de los rayos y los truenos:
 Las vistas ciegas, y los aires llenos;
 Así del uno y otro caballero
 En los firmes encuentros resurtia
 El ronco son del relevado acero,
 Que el aire de relámpagos cubria:
 El de lo negro, en firme y en ligero,
 Un morcillo centauro parecia,
 Que sin que nada baste á perturbarlo
 Nacido va inmutable en su caballo.
 Y aunque Argante tambien guardó la silla,
 De dos ningun estribo guardar pudo,
 Hincó al pasar el hayo una rodilla,
 Y su dueño perdió lanza y escudo:
 El pueblo en ver que el bárbaro se humilla
 Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
 Y el corrido del caso no pensado.
 De vergüenza quedó y temor turbado.
 Bien que blandiendo la desnuda espada
 Vuelve buscando alegre á su enemigo,
 Que cabe él con la suya levantada,
 «Primero, dijo, quiero como amigo
 Tu nombre conocer, si á la jornada
 Encubrir no te importa lo que digo:
 Argante, rey de Fez, porque te asombre,
 Sabrás, sino lo sabes, que es mi nombre.»
 «El tirano, no el rey,» dijo el del luto,
 Que el verdadero rey tú le mataste,
 Y en fe traidora, y pecho disoluto,
 De su heredera el reino despojaste;
 Y pues mi espada el pretendido fruto
 De su venida halló, lo dicho baste,
 Que de los dos al uno por concierto
 Sobre esta causa herede el campo, muerto.»
 «Como lo pides,» le respondió Argante,
 Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
 Con solo aquel, en opinion bastante
 Sus personas dejaron aprobadas:
 Y el del luto á su yelmo resonante
 De estrellas vió las bóvedas sembradas,
 Y asimismo con ellas, y su cielo,
 En grandes riesgos de venir al suelo.
 El tirano de Fez sobre el caballo
 Por la plaza fue un rato sin sentido,
 Y aunque pudo el del luto degollallo,
 Quiso mas que valiente comedido,
 Como él á su señor mató dormido:
 Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
 Por el suelo sembrado su tesoro;
 Y del trenzado arnés la rubia malla,
 Que el prado argenta, y su contrario fuerte,
 Que no estimando el fin de la batalla
 Le aguarda sin temor: vió el de la muerte,
 Que aun en los pechos hárbros se halla,
 Y él que la suya irreparable advierte:
 «Si es forzoso morir, muera conmigo,
 Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo.»
 Y llegando al que intrépido le espera,

Sobre él un golpe y otro y otro envia
 Tal, que un medroso ciego el son tuviera
 Por de una sonora herreria:
 La duquesa de Acaya, que ya entera
 La encubierta traicion del rey sabia
 De su doncella, y el valor bastante
 Del que el leon mató y rindió al gigante:
 Pagada de la fama y gentileza
 Del que mirando la batalla estaba,
 Y de ver deseosa la braveza,
 Que su doncella de alabar no acaba:
 Un caballo que el viento en ligereza
 La suya le prestó, y le azota y lava
 Mas penachos de perlas en la frente,
 Que el alba cuaja sobre el mar de Oriente:
 Tascando nieve el espumante freno,
 De fina plata y clavos de oro herrado,
 Rayo á la vista, y al oido trueno,
 En el curso veloz y atropellado:
 Del fuego que las manos siembran lleno:
 El precioso aderezo de brocado,
 Con sobrevista orlada de cupidos
 En llamas de oro, y de rubis ceñidos:
 Y una lanza tambien grabada de oro
 Le envió con la doncella, y á rogalle
 Rompa en servicio suyo aquel tesoro
 Con el de mayor brio y mejor talle:
 Y si de la otra se escapare el moro.
 Nadie de aquella ya pueda escapalle,
 Ni su traicion le ayude, ni le valga
 Mahoma, aunque á ello del infierno salga.
 Recibiólo, y en modo cortesano,
 Agradeciendo el don, dijo á Faustina,
 «Tan heróica merced, y de tal mano,
 De un monarca del mundo fuera dina:
 Ni hay que temer ya al bárbaro africano,
 Pues en notorio descaecer declina,
 Y quien ponerle pudo en tal estrecho,
 No le dará á otra espada de provecho.»
 Ni se engañaba el español guerrero,
 Que el del luto de suerte le traia,
 Que mas de roja sangre que de acero
 El fino arnés grabado parecia:
 Y él viendo á su contrario tan entero,
 Que aun en sus armas mella no tenia,
 A riesgo de morir, matando quiere
 Matar á quien le mata, pues que muere.
 Cerró con él á ejecutar su intento,
 Sin reparar á tiempo un altibajo;
 Que en golpe fue cortando tan violento,
 Que el brazo del escudo le echó abajo:
 Y al ya vencido moro sin aliento,
 Al caer del caballo, un diestro tajo
 Así á compás corrió su ligereza,
 Que arrebató á los hombros la cabeza.
 Miró la plaza en suspension notable,
 Hecho piezas el rey de Berberia,
 Que aun no dos horas antes espantable
 Los hombres solo con mirar venia:
 Cogió su gente el cuerpo miserable,
 Que un destroncado roblo parecia,
 Y el vencedor con gallardia robusta
 En su puesto se puso á esperar justa.
 No venia de intento á ver las fiestas,
 Sino á vengar á Flérida de Argante,
 Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
 Para hacerlo le dió poder bastante:
 Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
 Sus pretensiones, quiso en lo restante
 Probar la gentileza y gallardia
 Que en los valientes de aquel reino habia.
 Salíó el duque de Arcadia valeroso,
 El jóven rey de Tebas, y Erimanto,
 Salíó el robusto Ménalo furioso,
 Que á todos daba su grandeza espanto:

El jayan Adargusto pavoroso,
 Por vengar de su muerto rey el llanto,
 Salíó tambien, mas uno á uno todos
 Al suelo fueron por diversos modos.
 Y sin hacer desden ni movimiento,
 Ni revés el caballo ni mudanza,
 Diez derribó de los de mas aliento,
 Y algunos dellos sin romper la lanza;
 Con tanto gusto y general contento,
 Como si cada uno su esperanza
 Empleada la tuviera por entero
 En el brazo y valor del caballero.
 Bernardo aficionado á su destreza
 Quisiérale probar sin enfadalle,
 Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
 Que pedirle mas justa es agravialle:
 Mas viendo que mil soles de belleza
 Del real balcon le hablan con miralle,
 Que en verle sin justar toda la tarde
 Le tendrán por remiso, ó por cobarde:
 Llegando al bravo y singular guerrero,
 «Aunque parezca, dijo, desacato
 Demandar nueva justa á un caballero,
 Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
 Ese heroico valor, que tan entero
 Se muestra, es quien nos vende por barato.
 El pundonor de ser vuestro vencido,
 Por el riesgo y dolor de haber caido.
 Y así no os causará, señor, disgusto
 Añadiros de nuevo esta victoria,
 Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
 Para usurparos la alcanzada gloria:
 Mas por un rato de solaz y gusto,
 O altiva presuncion y vanagloria,
 De no salir de aquí (decirlo quiero)
 Sin probar lanza de tan gran guerrero.»
 Dijo, y sin responder á sus razones,
 Mas que con una humilde cortesía,
 Dieron á un tiempo vuelta los frisonos,
 Que el mas pesado una ave parecia:
 Y con iguales términos y acciones
 De gentil apostura y gallardia,
 Hundiendo vuelven con furor la tierra.
 Los dos soberbios rayos de la guerra.
 Volaron por el aire las astillas
 De las quebradas lanzas, los guerreros
 Tan firmes y compuestos en las sillas,
 Como si fueran pajas sus aceros:
 Ni los ojos pudieron percibillas,
 Ni la herida de golpes tan ligeros;
 Ellos solos en modo extraordinario
 Cada uno se admiró de su contrario.
 Toman segundas lanzas escogidas,
 Y armándose de nueva fortaleza,
 Por el cielo en astillas esparecidas
 Asombros dió á la plaza su braveza:
 Procuran otras, y otras mas fornidas,
 Y estimando del otro la destreza
 Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
 La tierra hacian temblar hasta su centro.
 Seis veces se encontraron, y en seis truenos
 La ciudad resonó, cuando el del luto,
 Quizá temiendo en algo el ir á menos,
 Sacó la espada, y dijo resolutio:
 «Esta mejor decir podrá alomenos,
 Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
 Cuya ha de ser deste solaz la gloria,
 Pues para dos no es hartó una victoria.»
 El español, si con su honor cumpliera
 De gusto le rindiera la batalla
 Por su propia aficion, y porque fuera
 Contento general el excusalla:
 Mas viendo acometerse, sacó fuera
 De la vaina la espada, y al sacalla
 Dijo, «por esta juro, que contigo

Mas deseo obras de amor, que de enemigo.»
 Mas el del luto, ó ya por el coraje
 De no poder vencer un caballero,
 O porque á punto no entendió el lenguaje,
 Por respuesta le dió sobre el plumero
 Un golpe tal, que hizo que se abaje
 Mal de su grado hasta el acion primero,
 Que tiene á desvuelta villanía
 Que le hablen sin hacelle cortesía.
 Perdió con esto el godo el sufrimiento,
 Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
 Un golpe y otro, y otro en firme aliento
 Le da, le carga, le redobla, y tira:
 Y él dando escudo á su furor violento,
 Ni por ellos se aparta ni retira,
 Antes así con su rigor revive,
 Que dos le da por uno que recibe.
 Arde el ciego furor, arden sañudos
 En el fuego que escupen los arneses,
 Y sin hacer reparo en los escudos
 Mil tajos se ejecutan y reverses:
 Que el mismo enojó que los tiene mudos,
 De compuesto los hace descortesés,
 Y no curar de tiempos ni posturas,
 Ni otras sin para qué desvoluturas.
 Mas á todo rigor por lo mas breve
 La muerte se procuran de ordinario,
 Tan juntos al herirse, que se bebe
 El aliento cada uno del contrario,
 Así bravos, que á verlos no se atreve
 El vulgo en gustos y opiniones vario,
 Antes en furia popular robusta
 Dar treguas quiso á la batalla injusta.
 Hirió el del luto al español de punta
 Por medio de los pechos con tal fuerza,
 Que la cabeza con las ancas junta
 El cuerpo le hace con dolor que tuerza;
 Y otra tras ella al corazon le apunta
 Por debajo del peto, que era fuerza,
 A no torcerse sin pensar la espada,
 Quedar la injusta brega rematada.
 Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
 Aunque la sangre que sacó la espada,
 Si en lo fino mostró que era de godo,
 Mejor lo descubrió en quedar vengada;
 Que aferrando la suya, de tal modo
 Le asentó la respuesta en la celada,
 Que la plaza asombró, y el ya confuso
 Seso, que dentro estaba, perdió el uso.
 No reforzado tiro de bombardas,
 De vivo azufre y de salitre lleno,
 A quien el fuego en descender mas tarda
 Que él en formar de su estampida el trueno;
 Ni respuesta envió en la nube parda
 Mas presta, ni del aire el hueco seno,
 Al escupir sonó el rayo encendido
 En mas medroso y súbito ruido.
 Arrodilló el caballo ambas las manos,
 Y caida en las ancas la cabeza,
 A su dueño llevó en clamores vanos
 Sin tiento por la plaza larga pieza:
 Quedaron los del muerto Argante ufanos:
 Usar del poder todo no es grandeza,
 Y así el jóven no quiso, aunque herido,
 Su furia ejecutar en un rendido.
 Volvió á la vida, cuando ya por muerto
 La plaza le lloraba: vuelve, y mira
 Cuan cerca della estuvo, y cuan cubierto
 De gloria su contrario se retira:
 El destrozado escudo sin concierto
 De envidia arroja, y de dolor suspira,
 Y á la venganza llama al enemigo,
 Que antes merece premio que castigo.
 Corre á dar muerte el uno, el otro atiende
 En bizarro ademán: llegan, y á un punto

Sobre cada uno de los dos descende
 Del contrario rigor el poder junto,
 Con que de nuevo así el herir se enciende,
 Que de la muerte son vivo trasunto,
 Y forzoso llorar al uno muerto,
 Si ya no es morir ambos lo mas cierto.
 Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
 De su herir los relámpagos dudosos,
 Que el dia ya su luz se habia llevado
 Por esconderla á golpes tan furiosos:
 Cada uno del contrario está admirado,
 Y el mundo de ambos pechos valerosos,
 Y aunque es la igualdad grande, todavia
 No es del luto, si la hay, la mejoría.
 Pudieran combatir á las vislumbres
 De los dorados rayos y centellas,
 Que en las grabadas armas la costumbre
 Del dar y resurtir volvian estrellas:
 Mas del palacio real pomposa lumbre
 De infinidad salió de antorchas bellas,
 Que á pesar de la oscura noche fria
 A la plaza salió de nuevo dia.
 Pareció con las luces mas hermosa
 Y de mayor espanto la batalla,
 En seis horas de tiempo así dudosa,
 Que un punto apenas de ventaja se halla:
 Cuando el bravo del luto en rabia airosa
 Se atrevió de una vez á rematalla,
 Y lanzándose á tiempo á su enemigo
 En duro abrazo le apretó consigo.
 Hizo cada uno presa en su contrario,
 Y en ella mas vistosa la contienda,
 Porque del caracol revuelto y vario
 No hay quien la entrada ni salida entienda;
 Que al brio de los caballos voluntario
 El suyo dejan, sin curar de rienda,
 Y así en su lucha se asen y se ligan,
 Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.
 Y aunque no por holgadas ni lozanos
 Los frisonos rifaron á su modo,
 Y altas las manos con relinchos vanos
 Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo;
 Y su dueño en las garras de las manos
 De la cabeza el fino yelmo al godo,
 Que por desencajarle de la silla
 No le dejó de aquel vaiven hebilla.
 Y dando la victoria por ganada
 Caer le deja, y de su espada afierra,
 Cuando en él la hermosura vió estremada,
 Que viva en su feliz memoria encierra;
 Y en nueva admiracion la altiva espada
 Con furia arroja á la sangrienta tierra,
 Y «¡ay triste!» dice, y tras el ay profundo
 «¿Quién podia ser, sino la flor del mundo?»
 Goza como mereces la victoria,
 Y el rico venturoso premio della,
 Que yo doy la ventaja por notoria,
 A tí en valor, y en la ventura á ella:
 Dijo, y con arrogante vanagloria
 El caballo picó, y la plaza huella,
 Dejando convertido su denuedo
 En nueva admiracion el primer miedo.
 El valiente español, que en el bastardo
 Resonar de la gente y pueblo rudo,
 Y con el alboroto y el resguardo
 De hacer nueva celada de su escudo,
 La oscura voz, y el ademán gallardo
 De su contrario fiel notar no pudo,
 Viéndole ahora salir de la batalla
 Como huyendo, está suspenso, y calla.
 Hasta que ya informado del suceso
 Con nueva admiracion sale á buscallo,
 Que tambien juzga por honrado esceso
 En corteses virtudes no igualallo:
 Quiere saber ¿quién es? y á saber eso



Riendas vuela y espuelas al caballo,
 Por donde al parecer se le figura
 Que en sombras vuela de la noche oscura.
 Quedó la alegre plaza alborotada
 Con la partida y el suceso raro,
 Y la cretense infanta mas pagada
 Del héroe invicto, y su valor preclaro:
 La ocasion del partirse oye turbada,
 Y en son que busca su favor y amparo,
 Al pueblo manda que su alcance siga,
 Y el peligro en que está sin él le diga.
 Y él al cruzar por una angosta calle
 Una tropa encontró de caballeros
 Y el uno, que jayan era en el talle,
 Previniendo á sus falsos compañeros:
 «Por aquí, dijo, es fácil atajalle,
 Y ver si le defienden sus aceros,
 A que se quede sin vengar la muerte.
 De un rey tan desgraciado como fuerte.»
 Bien sospechó el leonés que aquella junta
 A acometer salia á alguno, aleve,
 Y que si en ella le hay, el riesgo apunta,
 Al leal pecho á quien él la vida debe:
 Picó el caballo, y al tropel se junta,
 Y á la enemiga de la luz se atreve:
 No lo echaron de ver, y aunque de paso,
 De la intencion traidora entendió el caso.
 El jayan Califerno, que el tirano
 Argante en Tripol hizo su regente,

Por vengar su debida muerte en vano
 La escuadra guía de alevosa gente:
 Y á la entrada de un bosque comarcano,
 Que al pueblo ciñe la almenada frente,
 Un caballero vieron que sin miedo,
 Por ver qué buscan dél, se estuvo quedo.
 Conócenle en el brio, y cierra entera
 La espada, y al tropel de acometello,
 «Muera el traidor, dan voces, muera, muera,
 Que al rey de Fez mató sin merecello:
 Mas el altivo aliento, que no fuera
 Un mundo poderoso á detene,
 Volvió, aunque sin espada y sin escudo,
 De enojo ciego, y de coraje mudo.
 Y llevando de encuentro por delante
 Al que primero halló, sacó Bernardo
 Su espada, que á la parte del gigante
 Venia haciendo en atencion resguardo:
 Diciendo en voz y grito resonante,
 «Haceos afuera, ó espíritu gallardo,
 Que yo libre os daré del riesgo nuevo,
 O en él la vida perderé, que os debo.»
 Y con la alegre voz en las estrellas,
 Y la tajante espada en Califerno,
 Echó de un golpe dos á vista dellas,
 Con la mitad se contentó el infierno:
 Y asombrando sus golpes y centellas,
 Al quieto bosque su silencio eterno,
 La oscura brega urdieron de manera,

Que ningun vivo sin temor la viera.
 El de las negras armas que ha entendido
 De la traicion el riesgo peligroso,
 Y se ve de Bernardo socorrido,
 Y en el gigante el golpe monstruoso:
 De su mismo suceso inadvertido
 De la ocasion no alcanza el fin dudoso,
 Ni cual sea el que á buscarle los traia
 Con el leal mancebo en compañía.
 Mas entre estos cuidados diligente
 Así las armas juega, que á lo oscuro
 Del marañado bosque, el mas valiente
 Ni dél está ni su esgrimir seguro:
 Que en las espaldas uno, otro en la frente,
 Rayos su alfange da de acero puro,
 Y al lado del que allí le da su ayuda
 Un mundo entero acometer no duda.
 Ya del jayan y veinte caballeros
 Solos quedaban ocho, cuando el uno,

Que por entre acebúches y romeros
 Al pié cayendo fue de un aceituno,
 De su cobarde espada los aceros
 A tiempo revolvió tan oportuno,
 Que al caballo del luto, aunque lozano,
 De las dos le dejó sin la una mano.
 Vino caballo y caballero al suelo,
 Y por mal de quien fue el tropezon vino,
 Que de un diestro revés á todo vuelo
 Sin dos piés le dejó, y sin ningun tino:
 Y á coger otro potro con recelo
 Por el bosque se entró, y perdió el camino,
 Entrampado en sus árboles de modo,
 Que á volver no acertó al valiente godo.
 Bien que él así se avino en su refriega,
 Que en breve rato no hubo sarracino,
 Que por la selva oscura, ó noche ciega,
 No abriese huyendo á su temor camino:
 Solo á los victoriosos dos les niega



Senda para encontrarse su destino,
 Que en tanto que con mas atenta oreja
 Se busca el uno al otro, mas se aleja.
 Y anegados sin guia en la espesura
 De poderse hallar pierden el tino,

Hasta que al descaecer la noche oscura
 El día con sus risueños ojos vino...
 Despues diré del otro la ventura,
 Y á qué fin le guió su desatino,
 Que á Bernardo la luz que al alba guia

En la ciudad le halló cuando salía.
 Donde el cansancio y falta de reposo,
 Que era le dijo de metal humano,
 De cuerpo ni divino ni glorioso,
 Ni como el de los cielos soberano:
 Y á reposar se entró al palacio hermoso,
 Que en suave modo y trato cortesano,
 Para rehacer su descaecido aliento
 Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALEGORIA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas; y los monstruos del escuadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la immortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrece Gloria á su nieta en casamiento, y el enamorado de Arcángelica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y aborotado con ella trata de partirse. Crisálba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Momo, ó sea
 Traza de otra deidad mas soberana,
 Que desde el celestial baleon otea,
 Y el curso rige de la vida humana;
 Cuanto de gusto en ella se desea
 Al nuestro acude al parecer sin gana,
 El bien medido, y su placer por tasa,
 Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,
 Los prevenidos dioses en su cielo,
 Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
 Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:
 La vida encadenaron con la muerte,
 Penas con glorias, gustos con recelo,
 Y la alegría, que de su cosecha
 De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales
 Las dos porciones de contrarios vinos,
 Pudiéranse beber, y los mortales
 De dos sendas abrieran mil caminos:
 Mas viene aguado el bien, puros los males,
 Tras un acierto, veinte desatinos,
 Que es varia la librea del engaño,
 Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde fuego,
 De aquellos que pisando las estrellas
 Sus tragedias contemplan, y cuan ciego
 El hombre que es su autor camina en ellas:
 Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
 Y saltarle á los ojos las centellas;
 Va el otro á su ocasion, y no se advierte
 Que en la que busca está la de su muerte.

Camina Califerno, y va fiado,

Para salir con la traicion urdida,
 En el que mas vecino lleva al lado,
 Y es el primero en le quitar la vida:
 Combate el caballero disfrazado,
 Y procura matar de una herida
 A quien si antes de herirle conociera,
 La vida por salvar la suya diera.

Salió á buscar el godo, y de hallado,
 Sin pensar le perdió, suspira, y calla,
 Que es siempre lo postrero, y mas guardado,
 Lo que se busca, cuando acaso se halla:
 Tambien el ciego bosque era hadado,
 La oscura noche, y la infeliz batalla,
 Y el no saber la tierra, fueron causa
 Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.

Bien creyó el español que volvería
 El encubierto amigo á ver la tela,
 Que por ausencia suya mantenia,
 Y de solo su brazo la recela:
 Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,
 Ni la gran voz que de su fama vuela
 Le descubrió, ni de su arnés el rayo
 El sol volvió á enlutar del campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas
 De sus armas al godo declarado
 Por digno sucesor de las dos sillars
 De la Acaya, y del cretense estado;
 Y que ante la princesa de rodillas,
 De inmortales laureles coronado,
 El rico premio goce, y joya puesta
 A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano
 Al real dosel el vencedor guerrero,
 Donde la infanta con gallarda mano
 La guirnalda y su amor le ofrece entero:
 Y él con bizarro estilo cortesano,
 «Señora, dijo, el premio verdadero
 Mio será, que el lauro se mejore,
 Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea
 Divino templo á su trofeo de gloria,
 Para que como yo pretendo vea
 Mas que los cielos alta mi victoria:
 Y á vos gallarda y celestial idea
 Tambien por premio quede y por memoria
 Deste humilde servicio, como es justo
 Entera libertad en vuestro gusto,

Para elegir con él esposo dino
 A vuestro real valor y heróica casa,
 Sin que con temerario desatino
 Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
 El solo sea la regla y el camino,
 Y de vuestra eleccion la libre basa,
 Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
 No es bien que las tomeis de ajenos reyes.

Y si algun descompuesto caballero
 Por humilde interés violar quisiere
 Desta mi nueva libertad el fuero,
 Campo y armas señale, y sea quien fuere,
 Que la puerta del gusto no es de acero,
 Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
 Antes sin estimar su escudo y lanza
 Sola y desnuda la victoria alcanza.»

Engrandeció el cretense señorío
 Del hidalgo español el noble intento,
 Perdió en oírle la princesa el brio,
 Celosa aun de su mismo pensamiento:
 No sabe si es de amor, ó si es desvío,
 El fin del generoso ofrecimiento,
 Que á un empeñado gusto en dulces bienes
 La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
 Ahora de uno y luego de otro modo,
 De su amoroso pensamiento el punto
 Claro descubre al encubierto godo:

Y en fiestas puesto el griego reino junto
 A entretenerle en gusto atiende todo,
 Y ella en cuidosa prevencion atenta
 De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,
 El gusto y el placer se dan las manos,
 Y en reales mesas espumantes tazas
 La alegría hacen y el amor hermanos,
 Con que tú, oh niño celestial, enlazas
 De la doncella los cuidados vanos,
 Y de su ilustre huésped siempre á tientas
 De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
 De sus mágicos versos adivina
 La masa real y heróica descendencia,
 Que al mundo en siglos por venir camina:
 Destas dos sangres, que hoy en diferencia
 Tiene el amor, y el cielo determina
 Que una se hagan, y su nudo santo
 Honra á la fama dé, y al suelo espanto.

Un dia así con el valiente godo,
 En su real cuadra á solas retirada,
 «Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
 De nuevo mi esperanza veo cifrada!
 Si el cielo no hizo diferente en todo
 Mi antiguo origen de tu patria amada,
 Y ahora ordena que aumentado quede,
 Con tu real sangre lo haga como puede.»

Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,
 Que el manantial primero de mi gente,
 No por camino oculto ni bastardo,
 De lo mejor de España trae su fuente:
 De Viriato gentil, bello resguardo
 De la española libertad potente,
 Que en el precioso zamorano asiento
 Marte le dió el primer vital aliento.

Deste procedió Clodio lusitano,
 De espíritu é ingenio peregrino,
 Cánio deste nació, deste Daciano,
 Y deste el bravo capitán Crastino,
 De cuya invicta y atrevida mano
 La primer lanza abrió rojo camino
 Al real de Pompeyo, y fue el primero
 Que á César hizo rey de un mundo entero.

Deste nació Taurino, que Alencastro
 Al mundo dió, y al curso del rio Reno,
 De Colonia los muros de alabastro,
 Con pueblo ilustre de riquezas lleno:
 Y dejando de sí glorioso rastro,
 De príncipes nació en dia sereno,
 Y en estrella feliz per sol del mundo,
 El segundo Alencastro sin segundo.

Deste gran duque fué prima y esposa,
 Y de los dos, Tifeo rey de Creta,
 Unico hizo, cuya estrella odiosa
 La mia á mil desdichas trae sujeta:
 Crióse en trato libre y vida ociosa,
 Y la fama que todo lo inquieta,
 Con la beldad de una cretense infanta,
 De su raiz destroneó mi altiva planta.

Y ya cautivo el libre pensamiento,
 Por verla aborreció el paterno estado,
 Y no solo olvidó ciudad y asiento,
 De la tierna beldad nueva encantado:
 Mas de su religion y nacimiento,
 (¡Notable desventura!) ya olvidado,
 De idólatra de amor, gustos livianos
 Serlo hicieron tambien de dioses vanos.

Y aunque en remedio suyo el justo cielo
 Por sano acuerdo del letargo estraño,
 De horribles monstruos le ha sembrado el suelo,
 Que para su provecho le hacen daño:
 Ni vuelve en sí, ni al religioso celo,
 Ni de su obstinacion deja el engaño,
 Antes con nuevos mágicos errores

Los daños crecen cada dia mayores.
 Ha inventado de honesta sangre humana
 A un idolo espantosos sacrificios,
 ¡Estraña crueldad! ¡ley inhumana!
 De un corazon sin Dios claros indicios:
 Y de error en error su alma liviana,
 Con los pasados los presentes vicios,
 Le han hecho dar á una ramera hermosa,
 Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

Yo de Colonia huf la acerba muerte,
 Y las crueles cadenas del tirano,
 Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
 Un reino entonces mas que ahora humano:
 Donde Crisálba, que en placer convierte
 Cuanto su vista ve y toca su mano,
 Con solo el gusto de hallarla pudo
 De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible infierno
 En que arde el reino, y mi obstinado hijo,
 Aquí me retiré, y su pecho tierno
 A que con gusto y gravedad corrijo:
 Y de mi ley cristiana el pacto eterno
 En mi alma tengo, y en la suya fijo,
 Deseando desta humilde tierra obscura
 Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
 En que su ánimo muestre el mas lozano,
 Porque en tan valerosos hombros puestas
 Mis pretensiones corran de su mano:
 La tuya no la sé, las mias son estas,
 Cobrar mi antigua patria del tirano
 Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
 Lejos de Creta ver reinando en ella.

¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo
 Ahora para este bien tiene guardado,
 No quieras violentar su feliz vuelo,
 Cumple su ordenacion y mi cuidado!
 Que deste dulce nudo al patrio suelo
 De nuestra España espero que dé el hado
 Tal sucesion de príncipes, que sea
 De todo lo mejor del mundo idea.

La prudente Gloricia en este modo
 Su ofrecimiento y diligencias hizo,
 A quien el firme y generoso godo
 Con discretas palabras satisfizo:
 Era de su liviana escusa el todo,
 La injuria con que un rey atojadizo
 Puestos tenia sus padres en prisiones,
 Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el jóven por entonces puso
 A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
 Bien que en sí mismo sin saber confuso
 Quien el cuidado y suspension le causa:
 Admirase tambien que se dispuso
 La bella Olfa á le dejar sin causa,
 Y sin darle razon de su partida,
 Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
 La ociosa soledad por compañía,
 Dando y tomando cuenta á sus intentos,
 Y el medio que en seguirlos tomaria:
 Viendo cual juegan con la mar los vientos
 Desde el real mirador estaba un dia,
 Cuando un villano vió con una carta,
 Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
 «Señor, le dijo, un caballero andante,
 Que de luto vestido, una cuadrilla
 A un grave entierro lleva semejante,
 Al tiempo de embarcarse en una villa,
 Que da á un puerto de mar playa inconstante,
 Este papel me dió, que en propia mano
 Os diese...» y puesto allí calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero
 Las claras señas da, la carta viene